

PROBLEMAS EPISTEMOLÓGICOS EN LAS INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: ORALIDAD, ESCRITURA Y LA NOCIÓN DE LITERATURA ORAL*

Daniel Mato
Universidad Central de Venezuela

1. Postulados iniciales

Los otros vinieron y dijeron: «Llámesese América» y América se llamó.

Efectivamente, el nombre «América» fue sugerido por el *alemán*, Waldseemüller, tras la lectura de los relatos de los viajes que el *italiano* Américo Vesputio realizó al «Nuevo Mundo», al servicio de *España y Portugal*.

Ya el propio Cristóbal Colón se había empeñado en dar nombres a las islas que iba hallando en su camino, independientemente de que éstas ya tuvieran otros dados por sus propios habitantes. Hasta a los aborígenes que se llevó consigo a Europa decidió renombrarlos.

Así fue aquello. Pero no sólo fue así ese primer paso, sino que éste resulta ser también en buena medida la metáfora de una larga historia, una historia de casi cinco siglos. Una historia en la cual la investigación de las culturas y sociedades caribeñas y latinoamericanas sólo excepcionalmente ha logrado eludir la trampa de pensar América con categorías propias de ciertas culturas y sociedades europeas. Sociedades históricamente dominantes no sólo en lo económico, político y militar, sino que específicamente en lo simbólico, en lo ideológico, en el terreno de pensar y nombrar lo social.

* Una versión preliminar de este artículo fue presentada como ponencia en el VIII Simposio de la Asociación Venezolana de Estudios del Caribe en la XXXIX Convención Anual de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia. Caracas, noviembre 1989. Resultado de una investigación de mayor alcance con el apoyo de: CDCH de la UCV, CONICIT y las fundaciones Latino, Neuman, Pampero, Polar y Xerox.

Entre las escasas investigaciones que logran eludir esa trampa resultan aún más escasas las que consiguen eludir el etnocentrismo complementario, según el cual lo americano sería irreductible, incomparable a insuperable. Y aún más escasas las que no parten de afirmar «a priori» la existencia de una sustancia homogénea llamada «identidad latinoamericana». En realidad esas dos orientaciones de las investigaciones sociales caen en la trampa de oponer a un etnocentrismo, otro, y a una supuesta homogeneidad, otra.

Problemas semejantes se presentan con el estudio de las sociedades asiáticas, africanas y oceánicas. Pero no sólo con ellas, sino incluso con el estudio de las propias culturas europeas que no han llegado a devenir hegemónicas o que no han participado de manera suficientemente significativa en el proceso histórico de conformación de la «Civilización Europea». Como consecuencia de ello, no sólo no se alcanza un conocimiento satisfactorio de lo específico de cada tradición cultural, sino tampoco de lo humano, de la unidad de la experiencia humana en toda su vasta diversidad.

Postulamos que: para comprender las diversas sociedades y culturas del globo es necesario renunciar a todo resabio de etnocentrismo y de prejuicio de homogeneidad cultural de la especie humana. Particularmente es necesario renunciar a toda forma de evolucionismo unilineal, una de sus más típicas consecuencias. A la vez, sostenemos que tampoco se trata de asumir las específicas manifestaciones simbólicas de los diferentes grupos humanos como incomparables. Sino por el contrario, de propiciar el diálogo entre las culturas, de procurar la comprensión de cada cultura a través de las otras como estrategia de investigación y la aceptación, reconocimiento y mutuo enriquecimiento, como estrategia de acción.

Así, es necesario señalar que el europocentrismo para observar a América Latina y el Caribe (y desde luego también a: África, Asia, Oceanía y las propias culturas europeas subordinadas, aunque no podamos ocuparnos de sus peculiaridades en esta comunicación) se expresa como un cierto sesgo de las representaciones sociales en general y de los discursos de las Ciencias Sociales, en particular. Según éste, América Latina y el Caribe son vistos como una Europa incompleta, maltrecha, mal hecha, remendada, con prótesis. Consecuencia de ello resultan ser identidades culturales cuanto menos confusas, cuando no vergonzantes y autosubestimatorias.

2. Sobre la noción de Arte y sus clasificaciones

La noción de arte y las clasificaciones corrientes de la misma constituyen uno de tantos campos en los cuales es factible observar el citado etnocentrismo y sus consecuencias subestimatorias sobre lo específico de las culturas, de la región.

El campo de aplicaciones de la palabra «arte» ha ido variando a lo largo de la historia de Occidente, historia que de manera análoga, suele asumirse de una vez como la de La Humanidad, o la de La Civilización. A partir del Renacimiento – Europeo– el arte –en Europa y sus dominios– fue concebido de una manera más hedonista, más dirigida a proveer placer estético a través de la percepción sensorial

de formas bellas. Desde el siglo XVIII la aplicación del término se ha ido reduciendo gradualmente a un conjunto de actividades humanas características de las culturas europeas dominantes productoras de «belleza», las llamadas «bellas artes». Así, se han ido dejando crecientemente de lado otras actividades a las cuales hasta entonces también se venía aplicando la denominación, algunas de ellas de carácter más «utilitario» (agricultura, guerra, medicina, etc.), en tanto que otras de carácter más «intelectual» (gramática, aritmética, etc.). Hasta entonces, la palabra «arte» se había venido aplicando a toda clase de habilidades útiles, pero como parte del desarrollo del proceso de división social y especialización del trabajo, también se fueron especializando los campos de las «técnicas», las «artes» y las «ciencias».

La noción de «arte» como denominación de un conjunto de actividades especializadas en la producción de objetos y/o eventos de «belleza» es cultural e históricamente relativa. Sin embargo, con la expansión y consolidación mundial del dominio de la «Civilización Europea» (lo cual no supone hablar de todas las culturas europeas, sino sólo de ciertos grupos sociales pertenecientes a ciertas culturas europeas) se expandieron tanto la práctica especializada de esas actividades, como el campo de aplicaciones de la noción de «arte». De este modo, el campo de sus aplicaciones se extendió hasta alcanzar algunas actividades culturalmente novedosas en relación al repertorio de la «Civilización Europea» al cual se venía restringiendo su aplicación.

Pero, en esta expansión, si bien las «formas artísticas» sufrieron algunas modificaciones (no interesa en este momento de cual importancia), la noción de «arte» misma se mantuvo relativamente inalterada. Se mantuvo ahistorizada, y con vocación universalizante, poco a poco, fueron aplicándosele «parches» o adjetivos modificatorios: folk, popular, etno, tradicional, han sido los principales. Pero ninguno de ellos desafía la vigencia de la noción europocéntrica de «arte», al contrario la eternizan y confirman su lugar central y con ello el de la «Civilización Europea»: esa representación del «arte» (y esas «artes») no necesita adjetivos modificatorios, como tampoco lo necesita esa civilización. Se trata de El Arte y La Civilización, porque también se trata —recuérdese— de El Hombre, como más contemporáneamente se tratará de El Desarrollo.

Nótese que esos adjetivos modificatorios no aluden a las características intrínsecas de la(s) forma(s) de producir belleza (no importa si en objetos más o menos perdurables o en eventos efímeros), sino a las características sociales y/o culturales que diferencian a quienes la(s) producen de los dueños de la palabra, de la civilización dominante que se reserva —y a la que se le consiente— el derecho de «nombrar».

Obviamente, esta diferencia de sujetos se expresa en diferencias en las formas o lenguajes, no podría ser de otro modo. Pero, es necesario especificar que no existe «una forma, por ej.: la pintura y variantes de ella, sino sólo dichas variantes, formas alternas. En consecuencia, cabe afirmar que aquellas que, incluso en América Latina y el Caribe, suelen tomarse como centro, y las cuales suelen concentrar el sistema social de legitimaciones (medios masivos de difusión, políticas culturales e instituciones culturales —v gr. museos de arte, salas teatrales, etc.) no son sino una variante más, una forma alterna más, cuya principal

característica distintiva en relación a las restantes es ser «para consumo elitesco», «para el mercado», «académica», «moderna» o «clásica», pero siempre de tradición «europocéntrica».

En relación a estas últimas (de tradición europocéntrica), aquellas otras (folk, tradicional, criolla, popular, etno, oral, etc.) no pueden ser consideradas como meras variantes, ni mucho menos como precedentes. No pueden serlo no porque ello sea moral inconveniente sino porque es epistemológicamente incorrecto. Sin embargo, así lo han sido y así aún suelen ser consideradas, incluso en discursos sociales supuestamente de avanzada. Unas y otras son —por igual— sólo formas alternas. Ellas encuentran sentidos culturalmente análogos en relación a sus respectivos contextos culturales globales, universos de sentido de los cuales cada una de ellas forma parte. Universos de sentido cuya relación es por definición de alteridad y no de superioridad o inferioridad. Esto es así, al menos hasta que alguien logre demostrar fehacientemente la superioridad de algunas «razas» y/o culturas con respecto a otras, o la tendencia unilineal en la evolución de la especie humana y con ello la relación de procedencia de unas culturas con respecto a otras.

Fue de esta forma, precisamente, como, a fines del siglo pasado, se acuñó la noción de «literatura oral», la cual expresa un conflicto que, respecto del problema que venimos planteando, adquiere un sentido emblemático: Escritura vs. Oralidad.

Los postulados anteriores nos llevan a sostener la conveniencia de reflexionar sobre los nombres de los fenómenos sociales y de las categorías analíticas corrientemente utilizadas en la investigación académica sobre ellos. Ellos no son «naturales», sino de naturaleza histórica y culturalmente relativa. Por su carácter emblemático hemos escogido centrar nuestro análisis en la noción de «literatura oral». Pero existen otras a las cuales es necesario prestar atención y nos permitimos sugerir la necesidad de dirigir a ello el concurso de otros esfuerzos. La importancia del problema, aún con las limitaciones con las cuales venimos tratándolo, radica no sólo en su manera de afectar los procesos de elaboración de las diversas identidades culturales de América Latina y el Caribe, sino también los de los pueblos europeos y de otros continentes. Pero además, este problema obstaculiza el mejor conocimiento de la especie humana en su conjunto. Y, por último, afecta las posibilidades de desarrollo no sólo de las variantes folk, etno o tradicionales de las artes, sino también de las variantes propias de la Civilización Europea, al establecer, incluso para ellas, una suerte de censura previa, que, de cuando en cuando, quiebran las revoluciones artísticas, quizás con más frecuencia desde el movimiento dadaísta.

3. La noción de literatura oral y sus géneros:

La noción dominante de «literatura» (considérese el discurso de los medios de difusión de masas, el discurso educativo oficial, el discurso de las instituciones culturales y el académico) es propia del sistema de las «bellas artes» de la «Civilización Europea».

Estas artes, como lo hemos dicho, se han universalizado en un doble sentido:

por un lado, su práctica se ha expandido planetariamente como parte del proceso de expansión de las sociedades europeas. Pero, a la vez, y ésto es justamente lo que nos interesa, sus campos de aplicación como denominaciones de lo real se han expandido aún más que esa práctica. Lo hicieron re-semantizando como meras «variantes» o «precedentes» otras prácticas significantes relativamente semejantes a ellas o con algún punto de contacto más o menos superficial con ellas. Considérese, por ejemplo, el caso de los ritos de pueblos «exóticos» frecuentemente considerados variantes o antecedentes del «teatro» y/o de la «danza», en tanto los «shamanes» (sacerdotes) encargados de su realización han sido frecuentemente llamados «actores», «comediantes» o «bailarines», mientras que los mitos correspondientes (o fragmentos de ellos) han sido considerados variantes o procedentes de la «literatura». Es posible verificar lo que estamos afirmando en numerosas y prestigiosas obras de investigación literaria, teatral y —lo que es más grave aún— antropológica, histórica y social. No viene al caso particularizar títulos y autores, ya que el problema es de más amplio alcance, afecta a un extenso período de la historia de la especie y, en lo que nos atañe: el de un igualmente extenso período del desarrollo de las disciplinas humanísticas y sociales. En todo caso, y sólo con el objeto de ilustrar el problema que nos ocupa con un par de imágenes suficientemente significativas, digamos que éste equivale al de llamar al Papa, al Sumo Pontífice de la Iglesia Católica: «comediante», a la Medicina: «brujería» y a la Poesía: «cantares sin música».

Esa re-semantización ha supuesto en general que esas otras prácticas significantes, pasaran a ocupar el lugar imaginario de «variantes» y/o «precedentes» de las prácticas al modo europeo dominante. Así, en el caso particular de la «literatura», surge un subsistema de nociones con prótesis: «literatura oral», «narración oral» y «poesía oral». Casilleros remendados y remedantes de la clasificación dominante de las «bellas artes». Remendados, porque necesitan de un adjetivo modificador, como si fueran variantes de otras formas más propias: «la literatura», «la narración» y «la poesía», remedantes porque tienden a remendar a la noción europocéntrica de literatura, universalizándola. Es necesario mencionar que la aplicación del género drama no se extendió como «drama oral», sino como «teatro tradicional», «primitivo», «folklórico» o «popular» según los autores y los casos. Lo cual obedece a factores diversos que hemos analizado anteriormente y que razones de especificidad y espacio nos impiden analizar en esta oportunidad (Mato: 1989).

La respuesta a los problemas de denominación que se plantean ya no puede consistir en ampliar con gesto aparentemente generoso los «casilleros» europeos para que quepan en ellos otras realidades. Sino, en revisar la aplicación universalizante de ellos y en desarrollar nuevas taxonomías, de carácter intercultural, dentro de los cuales las formas particulares de todas las culturas puedan tener cabida. Ello no sólo redundaría en una más adecuada apreciación de las formas no pertenecientes a las tradiciones europeas dominantes, a la Civilización Europea, sino también a las correspondientes a estas últimas. Contribuiría, al estudio de las respectivas totalidades culturales, al mejor entendimientos de la diversidad de la experiencia humana y de las características de la especie.

Conviene que nos detengamos en la descripción y análisis de la forma en la cual surgió la noción de «literatura oral» y en las características paradigmáticas que ella alcanzó a través de métodos y procedimientos de investigación que la han legitimado una y otra vez.

El término «Literatura Oral» fue creado por Paul Sebillot (1846—1918), quien introdujo la noción en estos términos:

«La literatura oral comprende aquello que, para el pueblo que no lee, reemplaza («remplace», en el original en francés) a las producciones literarias. De este modo como su nombre lo indica claramente, ella se manifiesta por la palabra o por el canto, y es bajo estas formas que ella se presenta en los grupos salvajes y, dentro de los países civilizados, en los medios rústicos y más o menos iletrados. Ella precede a la literatura escrita, y uno la encuentra en todas partes, más o menos viviente, dependiendo del grado de evolución de los pueblos (...) ella no puede ser comparada a las obras escritas, pero ella existe sin embargo.» (1913: 6).

Resulta interesante analizar cómo se introduce el concepto:

En primer lugar Sebillot sostiene que: «La literatura oral comprende aquello que, para el pueblo que no lee, reemplaza a las producciones literarias.» En realidad, esta afirmación no tiene base cierta, antes podría decirse que: para Sebillot, que lee, la única manera de denominar un conjunto de manifestaciones que, en principio, le resultan extrañas, es con el término «literatura oral». Es decir que, bien vistas las cosas, podríamos afirmar que el término «literatura oral» reemplaza (o designa), para Sebillot y los que leen, a un conjunto diverso de manifestaciones observadas, por el mencionado autor, entre el pueblo que no lee.

Adicionalmente, cabe observar cómo allí mismo se opera una reducción de acciones expresivas más complejas a «la palabra», a hechos de palabra. Complejidad que se verifica en la presencia de rasgos no verbales tales como: vocales, gestuales, proxémicos e interaccionales. Y sobre cuya importancia testimonian, incluso, algunos textos del mismo Sebillot (1882: V—XII; 1913: 15—22), así como otros testimonios documentales relativos a unas cuarenta culturas del globo y de campo en relación a unas treinta comunidades (aborígenes, rurales y urbanas) de Venezuela que hemos presentado en investigaciones anteriores (Mato; 1989; 1990). Adicionalmente cabe observar los rasgos vocales y musicales que supone «el canto» (Finnegan; 1977) también han sido soslayados por Sebillot.

En tercer lugar, puede observarse cómo, de una vez, se circunscribe cultural y socialmente el concepto, negando la posibilidad de que exista «literatura oral» entre los grupos sociales letrados y no rústicos de los países civilizados. Fundando, dicha negación, justamente, en el hecho de que ella «reemplaza a las producciones literarias», que serían las únicas pertinentes entre lecto—escritores. Porque, en cuanto un pueblo accede a la escritura, resulta que la «literatura escrita» sucede a la «literatura oral». La cual, en esta visión—un tanto teleológica— vendría resultando una suerte de estadio primitivo de la literatura. Pero además, obsérvese de una vez como la oposición Oralidad—Escritura, planteada por el autor, no divide al mundo en Europa y resto del Mundo, sino entre culturas y/o grupos sociales exclusiva o predominantemente orales y lecto—escritores.

En síntesis, creo que es posible afirmar que: la manera en la cual Sebillot

introduce este concepto sugiere la existencia de una dificultad para nombrar o conceptualizar a partir de la propia experiencia social y cultural del autor, un conjunto de fenómenos que aparentemente no formaban parte de ella. Formaban parte, en cambio, de los pueblos «salvajes» y las de los «medios rústicos y más o menos iletrados» de su propia sociedad y así Sebillot acaba nombrando dichos fenómenos desde su propia experiencia cultural, la cual es de «lectoescriptor». Expresa, en otras palabras la tensión entre dos mundos, por entonces menos interpenetrados que actualmente, el de la Oralidad y el de la Escritura. Pero nótese de una vez que del de la Oralidad no están, ni mucho menos estaban por entonces, excluidas todas las culturas y grupos sociales europeos.

Como quiera que sea, el concepto, así generado, se convierte en un equívoco y también, en cierta medida, en una suerte de respuesta antes que de pregunta, de «obstáculo epistemológico» (Bachelard, 1972), que hace las veces de momento inicial en la constitución de un paradigma (Kuhn, 1976). Este paradigma irá poco a poco decantando un método y las reglas y procedimientos que habrán de perpetuarlo (Mato, 1988; 1990). Así, en la investigación de campo, se buscará a los conocedores de historias y se los sentará a dictar los textos, lo cual es consistente con su consideración como «literatura», en cuya transcripción y eventual traducción habrá de ponerse grandísimo cuidado (Sebillot, 1913: 12-13). Pero el investigador no se percatará (y si lo hace sólo le otorgará valor complementario) de todo lo que se pierde cuando reduce la acción expresiva de ese ser al dictado de un texto, el cual, supuestamente, posee una existencia autónoma a la del narrador o el cantor en cuestión, le precede, es una entidad en sí mismo (Finnegan, 1977; Mato; 1988; 1990).

Convendría ocuparnos, complementariamente, de la noción de «Cuento Foklórico», ya que ella está sumamente difundida y es afín a la de «literatura oral», o más precisamente, está incluida en esta última y, además, ha tenido incidencia directa en numerosas recopilaciones, lo cual resulta particularmente significativo debido, justamente, a sus consecuencias sobre discursos sociales de mayor difusión.

Esta noción ha tenido en Stith Thompson, seguramente, a uno de sus mayores teóricos y difusores. En su documentado y concienzudo estudio, Thompson, considera al cuento folklórico o cuento oral como una de las «formas de la literatura oral» (1972: 22) y sostiene que: «Los colectores han estado muy ocupados, en todo el mundo, oyendo a los narradores; con técnicas cada vez mejores, han recogido y publicado lo que han oído» (1972: 21). Nótese la utilización del verbo «oir» para designar la acción de los colectores. Es obvio: si se la llamó «literatura oral», ella debe oírse y con oírla bastará. Nuevamente el acto complejo es reducido a otro sólo verbal, como consecuencia de una no reflexionada interculturalidad.

De manera análoga, ha operado la noción de «poesía oral», a la cual se han subsumido con matriz europocéntrica todos los cantares propios de las más diversas culturas del globo, suprimiendo de una vez la música o separándola. No sólo de las «exóticas», sino incluso de las europeas, y no sólo de las europeas de antaño, sino también de las contemporáneas. (Finnegan, 1977).

No pretendemos negar la importancia e interés de esta tradición de investiga-

ción, centrada en el estudio comparado de ciertos tipos de textos provenientes de los desempeños de narradores y cantadores. Sino sólo señalar que, en ella, la ausencia de una adecuada reflexión sobre el carácter culturalmente diverso de los fenómenos estudiados ha conducido a utilizar una taxonomía no universal, sino culturalmente relativa, y, en consecuencia, a limitar la investigación a los textos. Es decir, a sólo una «parte» de fenómenos más complejos, sin advertir que sólo se trata de una «parte» y, por tanto, sin analizar sus relaciones con esa complejidad mayor. El fenómeno en sí mismo se ha perdido de vista, así como su peculiaridad de formar parte de sistemas de sentido diferentes de los correspondientes a las tradiciones sociales y culturales de la Civilización Europea. La diversidad cultural ha pasado inadvertida en beneficio de una pre-imaginada homogeneidad.

Esos procedimientos sólo se justifican porque se ha partido de que se trata de una forma de «literatura» y lo que interesa es realizar estudios comparados. Tanto énfasis en la fidelidad a las palabras acaba resultando en su opuesto. Efectivamente, la fidelidad está puesta sólo en un aspecto, en tanto se obvia su carácter de aspecto, de parcialidad y, como se lo asume como totalidad, se acaba siendo infiel al original. No hay conciencia de que no se trata tan sólo de un registro, transcripción y traducción de un texto «escrito» en una lengua a otra. Es mucho más que eso, es una transposición de un lenguaje (complejo, multimedia) a otro (textual, gráfico), el primero corresponde al fenómeno real y el segundo es sólo un registro parcial de ese fenómeno.

Lo que acabamos de exponer se fundamenta no sólo en nuestras propias investigaciones documentales y de campo (Mato, 1988a; 1989). Lo interesante del caso es que también lo hace en la de otros investigadores que tuvieron contacto directo con este tipo de actividades expresivas cuando realizaban labores de recopilación a partir de los métodos y procedimientos propios del paradigma de la «literatura oral». Algunos de ellos señalan en prólogos y pies de página las dificultades, insuficiencias y límites descubiertos en la aplicación de este tipo de procedimientos. Razones de espacio nos impiden citar y analizar extensamente el registro de testimonios que hemos logrado establecer a modo de «anomalías» del paradigma y sobre el cual hemos particularizado en otras oportunidades. (Mato, 1990).

Finalmente, cabe afirmar que dichas investigaciones, así como la divulgación de algunos de sus resultados primarios a modo de «recopilaciones de literatura oral», tanto como otras que se han realizado directamente con ese cometido, tienden a constituir un «discurso social» de más amplia difusión (Verón, 1976). En dicho discurso hechos expresivos complejos, del tipo de los aquí comentados, son socialmente «reconocidos» como «literatura oral», es decir, como «literatura». Lo importante es que estos discursos sociales juegan un papel significativo en la dinámica social de las naciones caribeñas y latinoamericanas, incidiendo en el proceso de elaboración de representaciones sociales en general, y de las identidades culturales en particular. También lo hacen en la perpetuación de las percepciones y representaciones que sobre estas naciones y culturas se forman individuos y grupos sociales pertenecientes a la Civilización Europea. Compleja dinámica de relaciones sobre la cual no es nuestro propósito abundar en esta oportunidad.

4. Comentarios finales

La revisión de la noción de «literatura oral» ilustra sobre el origen y sesgo eurocéntrico de una categoría de análisis. Ella también permite señalar la existencia de otras artes: el «arte de narrar» y el «arte de cantar». Cuyo estudio hasta ahora ha sido frecuentemente descuidado o reducido al de variantes o géneros de otra, la «literatura». Esta revisión nos ha permitido exponer, de una vez, algunos fundamentos que llevan a prevenir respecto de la insuficiencia de la noción de «artes verbales». Con esta noción se ha venido tendiendo a resolver el problema en las últimas décadas, denominando con ella al conjunto y especificando en «escritas» y «orales». Sin embargo, es fácil advertir que ella está centrada, sino en la escritura, aún en la palabra. Es decir, en los rasgos verbales de esos fenómenos que se constituyen también de otros, y resulta que esos otros (gestuales, proxémicos, interaccionales, musicales, vocales no verbales) frecuentemente resultan ser el centro de los patrones de valoración de los desempeños de narradores y cantadores en diversas culturas y grupos sociales, como lo hemos podido observar al menos para algunos de la región (Mato, 1989; 1990).

Pero, además, la aceptación de la existencia de esas otras artes permite precisamente examinar sus especificidades como tales y la diversidad de formas que sostienen su existencia. Permite, por lo mismo, ensayar clasificaciones internas a ambos y agrupamientos específicos según diversas tradiciones culturales y usos sociales. Lo cual permitiría a su vez descubrir especificidades hasta ahora inadvertidas no sólo en las culturas caribeñas y latinoamericanas, tomadas en su conjunto y en relación a las europeas y las de otros continentes, sino también examinar a las diversas culturas de la región en lo que cada una de ellas tiene de específico, lo mismo que a las europeas y a las de otros continentes. Todo ello permite —y vale la pena reiterarlo— apreciar de manera enriquecida la amplia diversidad en la unidad que caracteriza a la experiencia humana.

Adicionalmente, lo expuesto lleva a sostener que tratándose de artes autónomas de la escritura no pueden ser investigadas por transposición reduccionista a la literatura. No debe confundirse el registro escrito de los rasgos verbales de desempeños complejos (verbales, vocales, gestuales, proxémicos, musicales e interaccionales, según los casos) con los desempeños mismos. No debe confundirse la actividad creadora a modo de narración o de canto «en vivo» de cualquier individuo con la «literatura», en tanto actividad creadora conscientemente restringida al uso de palabras representadas mediante sus símbolos alfabéticos.

Pero lo grave es que precisamente todo esto se hace. Lo grave es que se ponen en circulación antologías de la «literatura oral» de uno u otro pueblo «exótico», caribeños y latinoamericanos entre otros. En algunos casos con el mayor agravante que son presentadas como románticas supervivencias de un pasado remoto y sin escritura, antecedente de un presente lecto—escritor. Una vez que el arte de narrar y el de cantar han sido reducidos a «literatura oral» la comparación resulta inevitable: la «literatura oral» resulta ser más «simple», «ingenua», «pura», «prístina», «espontánea», «menos elaborada», «menos refinada» que «La Literatura». Todo lo cual pasa a investir de sentido a los pueblos que producen esa

«literatura oral», tendiendo así a legitimar el discurso según el cual esos pueblos son «inferiores» o al menos históricamente «anteriores», en fin, «atrasados» en relación a la Civilización Europea. Así, la «literatura oral» parece confirmar La Historia de El Hombre que —etnocéntricamente y con sesgo evolucionista unilineal— presentan los discursos fundamentales de «La Civilización Europea».

5. Referencias bibliográficas

ACEVEDO, GUADALUPE

1988 «Identidad Latinoamericana: Problema Epistemológico de la Ciencia Social?». Ponencia presentada al Seminario *Nuevas Alternativas Metodológicas en Ciencias Sociales y Políticas* de la Comisión de Trabajo «Epistemología y Política» de CLACSO. Caracas.

BACHELARD, GASTÓN

1976 *La Formación del Espíritu Científico*. 5ª ed. México: Siglo XXI. 1976. (Traducción: José Babini. Original: La formation de l'esprit scientifique. s.f.).

BALANDIER, GEORGES

1975 *Antropológicas*. Barcelona: Editorial Península. (Traducción: Joan Rofes. Original: *Anthropo-logiques*. 1974).

BANSART, ANDRÉS

1988 «Problemas inherentes al estudio de la(s) literatura(s) del Caribe». En: Rita Giacalone (comp.) *Estudios del Caribe en Venezuela*. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. UCV. pp. 51—59.

FINNEGAN, RUTH

1977 *Oral Poetry*. Its Nature, Significance and Social Context. Cambridge (Gr. Br.). Cambridge University Press.

KUHN, THOMAS

1975 *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. México. Fondo de cultura Económica. (Traducción: Agustín Contin. Original: *The Structure of Scientific Revolutions*, 1962).

LASARTE, JAVIER

1988 «Oralidad/escritura en la literatura del Caribe». En: Rita Giacalone (comp.) *Estudios del Caribe en Venezuela*. Caracas. Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. UCV. pp. 41—45.

MATO, DANIEL

1988 «La noción de literatura oral, obstáculo epistemológico para el estudio del arte de narrar». Ponencia presentada ante el *VII Simposio sobre el Caribe de la AVECA —Asociación Venezolana de Estudios del Caribe en la XXXVIII Convención Anual de la ASOVAC —Asociación para el Avance de la Ciencia*. Maracay, noviembre.

MATO, DANIEL

1989 *Narradores en Acción. Problemas Epistemológicos, Consideraciones Teóricas y Observaciones de Campo en Venezuela*. Tesis de Doctorado. Caracas. Curso de Doctorado en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Universidad Central de Venezuela.

MATO, DANIEL

1990 *El Arte de Narrar y la noción de Literatura Oral. Protopanorama Intercultural y Problemas Epistemológicos*. Caracas. Universidad Central de Venezuela.

ONG, WALTER

1982 *Orality and Literacy*. The Technologizing of the Word. Londres. Methuen & Co.

SEBILLOT, PAUL

1913 *Le Folklore*. Litterature Orale et Ethnographie Traditionnelle. París. O. Doin et fils ed.

SERBIN, ANDRÉS

1989 «Identidad cultural y desarrollo en el Caribe anglófono: algunas reflexiones desde una visión antropológica». En: Andrés Bensart (comp.) *El Caribe: Identidad Cultural y Desarrollo*. Caracas: Editorial Equinoccio (USB). pp. 43—59.

THOMPSON, STITH

1972 *El Cuento Folklórico*. Caracas. Ediciones de la Biblioteca. Universidad Central de Venezuela. (Traducción: Angelina Lemmo. Original: The Folktale. 1946.)

TODOROV, TZEVETAN

1987 *La Conquista de América. La cuestión del otro*. México. Siglo XXI. (Traducción: Flora Botton Burla. Original: La Conquete de l'Amérique. La question de l'autre. Seuil. 1982).

VERON, ELISEO

1976 «Ideología y Comunicación de Masas: La Semantización de la Violencia Política». En: E. Verón y otros: *Lenguaje y Comunicación Social* Buenos Aires. Ed. Nueva Visión.